

Camille Claudel o la magia del movimiento

Un cuerpo se mueve cuando su posición cambia con el tiempo, por lo que parece imposible que un trozo estático de un material pueda encarnar el movimiento. Y sin embargo, si ese material es la estatua de bronce titulada *El vals*, no sólo vemos el movimiento ensimismado de la pareja que baila ajena al mundo que los rodea, sino que casi podemos oír su música. Cuando contemplamos la obra titulada *La ola* percibimos la inminencia de la caída de la masa de agua tallada en ónix sobre las tres bañistas que, asustadas, se encogen cogidas de la mano. Pero el movimiento más desgarrado es el de una joven que arrodillada extiende sus manos hacia el amante que se aleja, arrastrado por una mujer mayor, aunque su brazo y pierna izquierdos no se deciden a separarse de la muchacha suplicante a punto de desplomarse.

Estas esculturas son algunas de las obras de Camille Claudel que pueden contemplarse en el museo Rodin, en París. La última, titulada *La edad madura*, es el preámbulo del cataclismo que sobrevino en la vida de la escultora cuando se separó de su maestro. La joven suplicante es la propia Camille, jovencísima y brillante alumna de un Auguste Rodin en la plenitud de su fama; el hombre que se aleja es el escultor; la mujer que lo arrastra es Rose Beuret, la que había sido compañera de Rodin durante muchos años y con la que finalmente se casaría pocos días antes de la muerte de ella. La escultura es de una belleza sobrecogedora que lacera por lo desgarrado de la historia que nos cuenta.

Camille Claudel había nacido en 1864 en Fere-en-Tardenois, ciudad del norte de Francia donde su padre trabajaba como registrador de la propiedad. Desde muy pequeña tuvo una afición a modelar barro tan extraordinaria como su talento para hacerlo. Su padre alentó ese don proporcionándole maestros, uno de los cuales, al ver una composición de Camille le preguntó si había recibido clases de Rodin, escultor que por esa época empezaba a ser conocido en los círculos artísticos parisinos, aunque ni el padre ni la hija habían oído hablar de él. Cuando Camille tenía 16 años, su padre decidió que debía continuar sus estudios en París y allí mandó a su mujer y a sus tres hijos. Como entonces las mujeres no eran admitidas en la Escuela de Bellas Artes, Camille y otras señoritas aspirantes a artistas, todas ellas inglesas, comenzaron a trabajar en un taller supervisadas por el escultor Boucher, amigo del padre de Camille. Al

partir Boucher en viaje de estudios a Florencia, pidió a su amigo Rodin que lo sustituyera en el taller de las señoritas. Éste, que por entonces tenía 42 años, quedó fascinado con la fuerza y perfección del trabajo de Camille, de 18, a la cual invitó a entrar como alumna en su propio taller. Del puesto de aprendiz pronto pasó al de ayudante, ocupándose de tareas tales como el modelado de los pies y las manos de las obras de Rodin. A cambio, él la introdujo en el mundo del arte, en el cual era el rey indiscutible de la escultura. El ascendiente que Camille tenía sobre su maestro era cada vez mayor, no llegando a hacer él nada sin consultarla. Camille empezó a crear su propia obra, de un estilo muy similar al de Rodin, tanto que algunos decían que el maestro dejaba que su alumna predilecta firmara algunas de las obras que él mismo hacía. Años después, otros dirían que era el maestro el que robaba las ideas y el trabajo de una alumna que podía llegar a aventajarlo. Lo más probable es que trabajaran juntos y que hubiera ideas de ambos en las obras que cada uno firmaba de forma independiente, pues la compenetración artística era total porque sentían la escultura de la misma forma. Camille, además de ser la principal musa de Rodin, era el modelo habitual para sus obras, y así la cara, las manos y el cuerpo de Camille están en todas las obras de Rodin de la época en la que estuvieron juntos, que fue la más productiva y brillante del escultor. Por su parte la cabeza de Rodin que esculpó Camille se convirtió en el retrato oficial del escultor. Cien años después de haber sido esculpida resulta estremecedora la fuerza que irradia esa pequeña talla.

Tras la irresistible atracción mutua que experimentaron al conocerse, Auguste y Camille desarrollaron una feroz relación amorosa llena de celos personales y profesionales. Camille, a la cual Rodin había escrito cartas atormentadas en las que le decía que era su única mujer sin cuya presencia la vida se le hacía insoportable, siempre fue la otra. A pesar de no estar casados, la mujer oficial de Rodin era Rose Beuret, con la que llevaba veinte años cuando conoció a Camille, y con la cual había tenido un hijo. Quiriendo huir de esa situación de clandestinidad o tratando de huir de la sombra del maestro, que pesaba demasiado en su propia obra, Camille se alejó de Rodin y montó su propio taller en 1893, aunque todavía pasarían juntos algunas vacaciones hasta el año 1898.

La desaparición de Rodin de su vida fue para Camille el comienzo de un auténtico descenso a los infiernos. Primero vino la ruina económica, pues los materiales para esculpir y el alquiler del taller eran caros, su familia no la ayudaba lo suficiente y lejos de Rodin empezaron a escasear las ventas. Después vino su ruina física, porque Camille empezó a beber y engordó. Con apenas 35 años casi no quedaba rastro en su cuerpo de la activa joven de ojos verdes y mirada desafiante que había deslumbrado al maestro pocos años antes. Además, cada vez vivía en lugares más lúgubres, su falta de dinero hizo que dejara de encontrarse con amigos y comenzó a vivir rodeada de gatos. Por último llegó el colapso mental cuando comenzó a imaginar que a su alrededor se sucedían las conspiraciones para robarle las ideas, orquestadas por Rodin. En uno de sus ataques de locura destruyó todas las esculturas que tenía en su taller para evitar que se las robaran. Al parecer eran múltiples versiones de cabezas de niños. En sus inicios como escultora había hecho algunas memorables de su hermano pequeño, Paul Claudel, pero las que esculpió al final de su carrera podrían estar relacionadas con un aborto que al parecer tuvo instigada por Rodin. Éste se ocupaba de ella desde lejos, pagando sus alquileres y haciéndole llegar dinero y consuelo a través de amigos.

Un familiar muy cercano a Camille hizo que sufriera el más terrible de los castigos: a instancias de su madre, un día dos enfermeros irrumpieron en su casa y la internaron en un manicomio. Esta madre renegaba de su hija, de su vida escandalosa, de su obra, de su relación con el mundo e intentó internarla a los primeros síntomas de desvarío, pero el padre se había opuesto tajantemente. No había transcurrido ni una semana de la muerte de su padre cuando Camille perdió su libertad para siempre. Permaneció encerrada en varios sanatorios para enfermos mentales los treinta años que aún vivió, recibiendo las visitas esporádicas de su hermano, cuando su trabajo como diplomático lo llevaba a Francia, y la de una de sus compañeras de taller en su juventud. Aparte de eso, su relación con el mundo fue nula, su madre y su hermana no la visitaron nunca, es más, prohibieron que recibiera visitas y que recibiera o enviara cartas. Cuando un nuevo director del sanatorio sugirió la posibilidad de trasladarla a un centro próximo a Paris para que estuviera cerca de su familia, e incluso pensó en la posibilidad de darle de alta, se negaron rotundamente. Según su madre,

Camille les había hecho mucho daño y por ello en ninguna circunstancia podía salir de su encierro, donde la peor condena fue que no pudo volver a esculpir.

Eugène Blot, uno de sus amigos, le dijo en la última carta que le remitió al sanatorio años después de que Rodin hubiera muerto, y que Camille nunca recibió, que ella había sido el gran amor de Rodin. En esa carta le decía también que el tiempo todo lo ponía en su sitio. Parece que no se equivocaba, el tiempo ha hecho renacer el alma de Camille en su obra, la cual luce hoy en todo su esplendor junto a la de su maestro, como en la época en que su relación fue armoniosa. Así hoy podemos contemplar la magia del movimiento de su *Vals*, o la plenitud del amor en su *Sakountala*, que representa el éxtasis del abandono de quien disfrutó “*la bonheur d’être toujours compris*”, la felicidad de ser siempre comprendida.

Más información

- Las obras aquí comentadas se pueden ver en el **Museo Rodin**, 79, calle Varenne - 75007 Paris; Metro: Paradas Varenne o Invalides, la línea 13.
- Hay una documentación exhaustiva sobre la obra de Camille Claudel, reproducciones de todos sus trabajos e información de sus localizaciones actuales, en museos de Francia y otros países, y en colecciones particulares en el sitio web <http://www.camilleclaudel.asso.fr/>
- Uno de los textos más recientes sobre su vida, obra y relación con Rodin « **Camille Claudel & Rodin. Le temps remettra tout en place** » Antoinette Le Normand Romain, *Publications des Éditions du musée Rodin*, Paris 2008.